

LO SALVAJE

Julia Elliott



ÍNDICE

El castigo	9
LIMBs	27
Feroz	51
Mandíbula	77
La familia Wild	99
Regeneración en Mukti	117
La máquina de amar	143
El rapto	175
Dieta cavernaria	201
Organismos	231
El fin del mundo	265

EL CASTIGO

En una hora y cuarenta y cinco minutos mi castigo se hará realidad. Así es como siempre lo dice papá, que está sentado en la cocina dejando caer la ceniza sobre un plato grasiento de migas de cerdo. Después de ponerme un guante de goma, robar un paquete de cigarrillos de las profundidades mocoamarillas de su cajón de pañuelos, ser atrapada en el acto, insultar la marca barata que fuma (Doral) y revolotear alrededor de la mesa del desayuno pronunciando las similitudes entre el tubo intestinal de pudín de hígado que estaba comiendo y un trozo de mierda, me dijo que recibiría una azotaina, en el dormitorio de mis padres, en exactamente dos horas.

Mi padre, un director de escuela primaria que golpea a sus alumnos para ganarse la vida, dedica gran parte de su currículum a detallar su larga experiencia en azotes. Lo ha convertido en una forma de arte. La semana pasada le oí contarle a mi madre una pesadilla que había tenido en la que una fila interminable de delincuentes salidos de la escuela de verano se extendía por el pasillo central de la escuela, atravesaba el tórrido infierno del patio del recreo y luego serpenteaba por la colina hacia la planta procesadora de aves de corral, donde el furioso estallido del sol tremolaba en el horizonte. Los muchachos a los que azotaba eran rubios, arios e imbéciles, como en la película *Los hijos de los malditos*, y se burlaban de él con risitas agudas y cantarinas. Finalmente, papá descubrió que los había estado

golpeando con un pollo muerto, y entonces se despertó, se fumó un cigarrillo y no pudo volver a dormir.

Es sábado por la tarde, y el húmedo y sofocante calor del verano se cuele a través de los ventanales. Las cigarras se desgañitan. El kart de T. W. Manley sigue destrozando nuestro jardín, en el que mis hermanos gemelos están boxeando con los guantes que papá les compró para evitar que dañaran sus rostros. Mamá está arriba, durmiendo. Mi formidable padre está sentado, encorvado, en la mesa de la cocina, vestido con su albornoz rojo. Trabaja en una novela sobre el rey Arturo y no se me permite decirle ni una sola palabra. Sin embargo, la mejor manera de postergar el castigo es seguir cabreando a mis padres. No nos azotan cuando están enfadados. Eso sería abusivo. Así que camino lentamente alrededor de la mesa y, de vez en cuando, me comunico a través de un falso lenguaje de señas o finjo quedarme petrificada en la postura de un mutante horriblemente deforme. Hago gárgaras con Kool-Aid de uva y escupo largos espumarajos en el fregadero. Papá trata de actuar de forma madura, frunce el ceño pensativamente y garabatea notas en los márgenes de su manuscrito. Pero los nudillos de la mano con la que agarra la pluma se le han puesto blancos.

Mamá se ha negado a hacerme la permanente en casa, lo que significa que seré fea durante el resto del verano, y a una de mis tetas diminutas le ha salido un bulto extraño y doloroso. Un grano enorme supura en mi nariz como un parásito; me he pasado toda la mañana pinchándolo con un alfiler. Me afeité las piernas sin el permiso de mamá, y me escoció horrores cuando pasé la cuchilla por encima de las picaduras de mosquito. Los restos de comida rancia incrustados en mi ortodoncia simbolizan algo: no estoy segura de qué, pero me hace pensar en la noche en que papá me habló del *Turdus philomelos*, el pájaro cantor que cubre su nido con barro, estiércol y madera podrida. «Se encerró en una cárcel hecha de su propia mierda», dijo papá. «Eso podría ser una metáfora», añadió, encendiendo su millonésimo cigarrillo y frunciéndole el ceño a mi madre.

Y, ahora, exactamente una hora y cuarenta minutos antes de la hora programada para el castigo, papá echa un chorro de Jim Beam a su vaso de Coca-Cola. Si se emborracha, no podrá gestionar la paliza. Entonces será mi madre la que me pegará con uno de sus cinturones de colores.

Estoy pensando que esta vez me escaparé. Haré que mi mejor amigo, Cujo, venga en su motocicleta y nos iremos a la playa. Construiremos un fuerte y viviremos a base de peces y caramelos. Pero mi traje de baño es horrible, mis tetas se han deformado, mis pecas se han oscurecido como un feo enjambre, y hoy no tengo ganas de salir de esta casa calurosa y oscura. En lugar de eso, me apoyo en el escritorio donde el bolso hinchado de mamá sobresale entre las cuentas sin pagar, una bolsa de Cheetos vacía, una sandalia rota que ha querido reparar, varias de las recetas de papá, una botella de mercromina, un guante de béisbol, una batería corroída y una canasta vacía, adornada con magnolias de plástico polvorientas.

Una hora y media antes de mi cita con el experto en azotes, los gemelos entran corriendo por la puerta trasera. El pequeño Jack sostiene una abultada funda de almohada de *La guerra de las galaxias* que está salpicada de sangre, y Runt lleva sus pistolas de aire comprimido. Me pregunto qué traerán consigo hoy. Papá, que ya va por su segundo whisky con Coca-Cola, se anima con el olor a caza.

—¿Qué tenéis ahí, muchachos? —pregunta, metiendo en la bolsa su larga y grisácea nariz, mientras acecha con su ojo bueno y se relame.

—Petirrojos —gritan los gemelos de diez años.

—Los petirrojos no tienen mucha carne; pero prepararemos un festín para cazadores.

Salivando alegremente entre tics nerviosos, y con una bebida fría tambaleándose en su mano, papá lleva a los niños a la mesa de pícnic, más allá de la ventana abierta de la cocina. A medida que extiende periódicos sobre el tablero, se jacta de su capa-

cidad para sobrevivir en la naturaleza, de cómo un verdadero hombre debe aprender a vivir de los frutos del bosque, de cómo preferiría destripar a un colibrí con un palillo de dientes antes que aprender a usar el orinal. Me siento en la mesa de la cocina, enciendo uno de los cigarrillos que papá guarda en su bolsillo trasero y aspiro su dulce humo. El veneno recorre mi cuerpo a través del torrente sanguíneo. Echo un poco de Jim Beam a mi Kool-Aid y me lo trago. Me como un Tic Tac. Mientras disfruto de una segunda colilla, espiándolos a través de la ventana, veo al pequeño Jack picotear de la pila de petirrojos mientras un grupo de moscas color esmeralda revolotean alrededor; mi hermanito, Cabbage, pasea con un taparrabos de papel de aluminio y apunta su pistola láser a la cabeza de papá. Nuestros obesos *spaniels* han salido de sus agujeros. Se mueven patosamente y gruñen a los pies de su dueño, ebrios por la deliciosa fragancia de animal muerto.

—Bang, bang —dice Cabbage—. Estás muerto, papá.

Un cráneo de gato cuelga de un cordón de zapato sucio atado al cuello de Cabbage. Lleva el soporte escrotal amarillo de papá en la cabeza, guantes largos hechos con medias y dos botellas de plástico de RC atadas a su espalda con un cinturón de *scout*. Como nació prematuro, Cabbage pasó tres meses en una incubadora; todavía parece una rana desteñida.

—Te maté —dice Cabbage.

Papá se desploma en la mesa y luego vuelve a la vida.

—Soy inmortal —contesta, agarrando un pájaro.

Papá le arranca las plumas y chamusca con su mechero el resto de la pelusa del esquelético cadáver. Decapita a un petirrojo con un fuerte corte de su oxidado cuchillo de caza y luego le arranca las enjutas garras de reptil. Realiza una incisión y saca un montoncito de tripas delicadas, acunando en la palma de su mano, para que los gemelos la examinen, la brillante gema color vino que es el corazón del animal. Las cigarras hacen vibrar sus místicas oraciones. El sol se pone, y la grande y noble nariz de mi padre brilla con aceites masculinos.